

12 de julio de 2026 - XV domingo "A"

[Is 55,10-11; Rom 8,18-23; Mt 13,1-23](#)

Homilía

La agricultura o la jardinería pueden ser una buena escuela de paciencia, confianza y abandono. Una vez trabajada la tierra, plantadas las semillas y regadas, sólo queda esperar pacientemente. Al principio, no hay forma de saber con seguridad si la semilla crecerá o no. Después, no hay forma de saber hasta qué punto crecerá. Podemos actuar de diversas maneras sobre las condiciones que favorecen el crecimiento, pero no podemos intervenir en el proceso de crecimiento en sí. Con todo esto en mente, volvamos a la lectura del Evangelio de hoy.

Los profetas de Israel, así como Jesús, se dirigían a un pueblo formado en su mayoría por agricultores y pescadores. Por eso, cuando querían hablar del Reino de Dios, utilizaban imágenes y parábolas relacionadas con la vida y el crecimiento.

En la primera lectura de hoy, el profeta Isaías compara la Palabra de Dios con la lluvia que riega la tierra y la hace fértil, y no vuelve a Dios sin haber cumplido la misión para la que fue enviada, es decir, hacer germinar la semilla y proporcionar pan al sembrador. Y en el Evangelio, Jesús compara esta Palabra con una semilla.

Lo notable del Evangelio de hoy es que no tenemos sólo una parábola, sino tanto la parábola como su interpretación. Esto es muy inusual, ya que el uso clásico de la parábola implicaba una técnica por la que el rabino o maestro llevaba a cada oyente a sacar sus propias conclusiones de la parábola. Por eso los exégetas y comentaristas son bastante unánimes en creer que la segunda parte del Evangelio de hoy -la interpretación- no procede del propio Jesús, sino que representa la interpretación de la Iglesia primitiva.

En el texto de Mateo, esta parábola sigue inmediatamente al relato de cómo los miembros de la familia de Jesús querían apresarlos y llevárselo a casa, porque pensaban que había perdido el juicio. Esta parábola es, en realidad, la reflexión de Jesús sobre su ministerio. Su Palabra -la Palabra de Dios- se recibe de distintas maneras. En algunas personas, encuentra un corazón de piedra y no crece en absoluto; en otras, crece con dificultad, pero crece igualmente. Y cuando haya alcanzado su pleno crecimiento, ése será el Fin. En resumen, se trata de un mensaje de esperanza.

Cuando esta parábola se contó en la Iglesia primitiva, se añadió una interpretación que más tarde se atribuyó a Jesús. Y, sorprendentemente, el énfasis pasó de la semilla a la tierra. Toda la atención -y preocupación- de Jesús se centró en la semilla misma, es decir, en el Reino de Dios. Para los primeros cristianos, la preocupación se convirtió gradualmente en la de ser una tierra lo mejor posible para recibir esta semilla.

Evidentemente, esa preocupación era legítima y se basaba en la propia parábola contada por Jesús. Pero este cambio muestra nuestra tendencia humana a preocuparnos más por nosotros mismos y por cómo recibimos la Palabra de Dios que por la Palabra misma. A Jesús le preocupaba la Palabra. Y su mensaje es precisamente que, incluso a pesar de nuestro endurecimiento y falta de cooperación, la semilla del Reino crecerá en toda su medida.

La razón de este cambio en nuestra preocupación es probablemente nuestro miedo innato al sufrimiento. Y, sin embargo, Pablo, en su Carta a los Romanos, nos recuerda que todos los sufrimientos que podamos experimentar sólo forman parte del proceso de crecimiento hacia la plenitud del Reino de Dios en nuestro interior. Son los dolores normales del parto.

Es curioso con qué facilidad encontramos todo tipo de buenas razones y pretextos para protegernos de la dolorosa realidad del crecimiento y refugiarnos en la actividad más segura de preparar el terreno. Nos sentimos más seguros cuando nos ocupamos de labrar la tierra, arrancar las malas hierbas, voltear la tierra de diversas maneras. Hacemos algo y esperamos una recompensa por lo que hacemos. Todo esto es bueno y necesario. Pero el Evangelio y Pablo nos recuerdan otra dimensión: la necesidad de esperar pacientemente mientras la semilla tarda en crecer; la necesidad de experimentar la muerte de la semilla sin estar seguros de que realmente echará raíces, sin saber cuánto crecerá. No tenemos control sobre el crecimiento. Y eso es doloroso. Tanto el proceso de crecimiento como el hecho de no poder controlarlo son dolorosos.

Sin dejar de ser conscientes de la necesidad de las prácticas ascéticas, de la necesidad de desherbar el jardín de nuestro corazón y de regar las plantas, no olvidemos volver a lo que era más importante para Jesús: la Palabra de Dios, la semilla puesta por el Padre en la humanidad; y esperemos con confianza su crecimiento en cada uno de nosotros y en toda la humanidad. Aceptemos también pasar por el sufrimiento que forma parte de tal nacimiento y crecimiento.

Armand Veilleux